

KELLY DREAMS

NOMBRE EN CLAVE:

Romeo



ARGUMENTO

Un *jefe* dispuesto a probar suerte...

Una *repartidora de correo* con una profunda vena irónica...

Un *perro* mucho más adorable que su chalado dueño...

Una absurda *proposición* que la sacará de quicio...

Un *hombre* que no sabe cuándo rendirse...

Su nombre en clave es:

ROMEO

COPYRIGHT

NOMBRE EN CLAVE: ROMEO

© 1ª edición agosto 2017

© Kelly Dreams

Portada: © www.shutterstock.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A ti, que me estás leyendo... Bueno, eso si no te saltas directamente esta parte del libro... pero si lo lees, es que no te la has saltado.

Pues eso... dedicado para ti.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[DEDICATORIA](#)

[ARGUMENTO](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Mujeres oportunistas, hipocondriacas, celosas, posesivas, manipuladoras, chantajistas... podía seguir y seguir enumerando las cualidades del género femenino y quedarse todavía corto. De hecho, no tendría que ir muy lejos para encontrarse a la última fémina atolondrada y con cerebro reptiliano del planeta, estaba justo arrodillada a sus pies y era su... ¿Qué? ¿Tercera secretaria en un mes? Tal parecía que, tras una semana en el puesto, se le había olvidado cuál era su sitio, el cual estaba detrás de un escritorio y no cerca de su bragueta.

Había habido un momento de su vida en el que sin duda disfrutaría de tales talentos, pero ese momento había pasado, estaba cansado de que se le viese como el «soltero de oro» y de que cada mujer que se le acercase lo hiciese pensando en su cartera. El llevarse cada noche o cada semana a la cama a una mujer distinta le había aburrido por lo insustancial y tedioso que se volvía todo, las había que sencillamente no entendían que lo suyo no era más que una noche de sexo y montaban un auténtico melodrama.

Desgraciadamente su fama seguía viva incluso después de tanto tiempo, el que siguiese soltero parecía ser un imán para el sexo femenino y les daba una impresión equivocada.

Quizá había llegado el momento de dar un paso más allá, de buscar

algo más, a alguien que fuese tan opuesta a él y que le importase un comino quién era él, lo abultada que era su cartera y, sobre todo, que supiese mantenerse en el sitio que le correspondía.

Volvió a mirar a su secretaria, la cual seguía haciendo pucheros a pesar de que había dejado perfectamente claro que lo único que había querido de ella era el desempeño de su trabajo.

—Señorita Simmons, está usted despedida.

La impresión en ese perfectamente maquillado rostro femenino pasó de la sorpresa a la indignación.

—No puede hacerme esto.

Sonrió de soslayo y levantó el pulgar moviéndolo hacia la puerta.

—Puedo —le informó—. Acabo de hacerlo.

Sí. Necesitaba a una mujer que fuese todo lo contrario a su secretaria, la pregunta era, ¿dónde iba a encontrarla?

CAPÍTULO 1

Julieth Mills hizo una mueca al escuchar la airada conversación —si se la podía llamar así— que salía del despacho de Romeo Tibori, el director ejecutivo de la multinacional *Tibori's*. O, en otras palabras, su jefe. Ella no era más que una mosca en esa gran y compleja tela de araña que formaba el edificio, su departamento no era precisamente uno de los que más sobresaliese, pero no tenía quejas. Quitando a su jefa de sección, la cual era una metomentodo incurable, tenía un buen sueldo y su trabajo no era estresante. ¿Cómo iba a serlo cuando se dedicaba a repartir el correo?

No eran muchas las ocasiones que tenía de subir al último piso, a los dominios del jefazo, en los casi cinco meses que llevaba trabajando en la empresa, le había visto en contadas ocasiones y, como todas las féminas del lugar, encontraba a su jefe como uno de los hombres más atractivos que conocía. Además, la forma en que trataba a su perro, un precioso pastor belga de color negro, la había ganado por completo. Le encantaban los animales y Duke correspondía a su afecto con la misma devoción hacia ella. De hecho, casi podía decirse que el can era uno de los pocos seres vivos en el edificio de oficinas a quien recibía con un caliente y húmedo beso, el resto de los empleados que habían tenido que vérselas con su jefe recibían siempre un par de gruñidos o la absoluta

indiferencia.

A juzgar por los retazos que le llegaban de la habitación, el señor Tibori acababa de romper su fulgurante récord al despedir a una nueva secretaria, la cuarta en menos de treinta días.

—La contraté para que lleve mi agenda no para que limpie el suelo con sus bragas.

Y ese era quizá el aspecto menos atractivo del hombre que se ocultaba tras esas puertas de madera; su jefe era un auténtico capullo con las mujeres. Su fama de soltero de oro, lo precedía. Fiestas salvajes, distintas mujeres del brazo en cortos espacios de tiempo, en los últimos meses había escuchado murmuraciones de todo tipo. Sinceramente, lo único que podía creer era las que hablaban sobre su escaso sentido del humor y de lo intransigente que era con las personas que trabajaban para él. No dejaba pasar ni un solo error, por otro lado, ¿cómo hacerlo cuando eso podía costar millones a la empresa?

No había nada sencillo con el señor Tibori. Se necesitaba de un buen impermeable y ser prácticamente sorda crónica para soportar a ese hombre las veinticuatro horas del día. Quizá debiesen de poner eso en el anuncio la próxima vez que buscase secretaria.

—¿Ya está gritando otra vez?

Se giró al escuchar la voz de la recepcionista. La señorita Pearson, una exuberante viuda de menos de cuarenta y abundante pecho, poseía una

voz nasal que le hacía rechinar los dientes. Vestida, o más bien embutida, en un traje de chaqueta y micro falda, se paseaba por todo el edificio sobre unos altísimos tacones. Sinceramente, no sabía cómo aguantaba tanto tiempo en el puesto cuando nunca estaba en él.

—Ay no, pues me niego a entrar ahí —continuó ajena a su escrutinio—. Ya me ha gritado suficiente la semana pasada como para que me dure para toda la vida.

Una pena habérselo perdido, pensó para sí.

—Toma, dale esto —empujó un paquete marrón contra sus brazos, obligándola a cogerlo o dejarlo caer—. Tengo muchísimas cosas que hacer y no puedo perder el tiempo aquí.

Como tenía tanto que hacer, añadió a su pensamiento con profunda ironía.

Señor, casi puedo verle la curva de las nalgas.

Quizá ella no fuese precisamente un icono de moda con el horrible traje de fea falda gris y camiseta mostaza con el logo de la empresa, pero al menos no iba enseñando carne como si estuviese en una carnicería.

No, tenía que ser realista, en comparación a la modelo de la primera planta, ella era un bollito de canela o una mujer *curvy* como empezaban a catalogar ahora la tendencia al sobrepeso.

—Claro, pásame a mí el muerto —resopló viendo como la Barbie se alejaba taconeando.

Casi al mismo tiempo que la mujer desaparecía tras el primer recodo del pasillo, las puertas a su espalda se abrieron y escuchó un sonoro ladrido que acompañó a la abrupta salida de la secretaria.

—Y ahí va la cuarta.

La mujer iba ligeramente despeinada y tenía un ligero rubor en las mejillas mientras que su jefe —joder, que bueno estaba—, ni siquiera sudaba.

—¡Le denunciaré por acoso laboral!

¿Cuántas veces había escuchado eso sin que llegase a ningún sitio? Intentó mantenerse al margen, mimetizarse con la pared mientras observaba la nueva escena.

—Esperaré impaciente la demanda —le dijo al mismo tiempo que le daba la espalda dispuesto a desaparecer ya dentro de sus dominios—. Envíesela directamente a mis abogados, agilizará las cosas. Y no deje de pasarse por la tercera planta, encontrará allí el departamento de Recursos Humanos.

El perro gruñó de nuevo cuando la secretaria hizo el ademán de dar un paso adelante, su actitud amenazante la detuvo en seco e hizo que perdiese el color. La mujer golpeó entonces el suelo con el tacón, profirió una serie de coloridos insultos y se fue echando pestes.

—Señor, dame paciencia.

No pudo evitar sonreír con palpable ironía ante las palabras

susurradas por su jefe. ¿Paciencia? ¿A él? Eso sí que era un buen chiste.

—Duke, a dentro.

El perro movió la cola, lo miró pero optó por ignorarle y salir a saludarla. Él sí la había visto y no había dudado en saludarla como se merecía.

—Hola muchacho, sí, yo también me alegro de verte —musitó rascándole la cabeza.

Su jefe pareció notar el cambio de actitud del animal, puesto que se giró para ver porque no le obedecía —el perro era más listo que el amo, gracias a Dios— y se encontró con ella.

—¿Y usted quién diablos es?

Levantó la mirada y se encontró con esos preciosos ojos azules. Sí, su jefe podía ser un verdadero capullo la mayoría de los días, pero a ella siempre le había gustado.

—La chica del correo y porteadora ocasional, a juzgar por el paquete que me han endilgado.

Um. Y ese era uno de sus grandes problemas, posiblemente el mismo por el que no tenía amigos dentro de esa empresa. Podía ser una persona totalmente educada, hablar con exquisita corrección, pero cuando abría la boca solía ofender a más de uno.

Se refrenó mentalmente y siguió acariciando al can.

—¿Puedo saber quién le ha dado permiso para tocar a mi perro?

La respuesta salió con la misma rapidez de un cohete.

—¿Él?

Enarcó una ceja y la recorrió lentamente con la mirada, un gesto que la molestaba tanto o más que el que le echasen el humo de un cigarrillo a la cara.

—¿Sabe hacer café, señorita correos?

La pregunta la cogió desprevenida. De todas las respuestas posibles, esa no era una que tuviese en cuenta.

—Sí, claro.

—Bien — asintió —. Tráigame uno.

La manera en que giró sobre los talones, tocó al perro y lo hizo entrar en su oficina antes de darle con la puerta en las narices reforzó su primera opinión. Sí, seguía siendo el cabrón y adorable capullo de su jefe.

—Tendrá morro el tío — masculló. Se llevó el paquete a la cadera, para poder disponer de una mano libre y llamó a la oficina que acaban de vetarle. No esperó ni a obtener respuesta, abrió y se encontró con su mirada sorprendida—. Disculpe, señor Tibori, ¿el café como lo quiere?

¿Con cianuro?

Agachado en el suelo mientras acariciaba al perro no solo parecía menos intimidante sino hasta humano.

—¿Acaba de llamar a mi puerta y entrado sin llamar solo para preguntar tal estupidez?

Dejó el paquete a un lado y se encogió de hombros.

—Bueno. No sé si es usted alérgico a la lactosa, si toma azúcar o sacarina, si lo prefiere solo o con leche, desnatada o de soja...

Sus labios se curvaron ligeramente.

—Suficiente señorita parlanchina —la detuvo en seco—. Un café, sólo he pedido un café no que me hagan una encuesta.

Debería estarse calladita, decirle sí a todo y salir por la puerta, pero su boca iba por libre.

—No es parte de una encuesta sino de sentido común y quizá, un puntito de auto preservación.

Volvió a concentrarse en el perro y le dio unas palmaditas que el can agradeció moviendo la cosa.

—Si tuviese tal sentido no habría llamado a la puerta para empezar —le soltó, entonces la miró de soslayo—. Tráigame ese bendito café y después márchese. Hoy he empezado la mañana por todo lo alto y no descarto seguir por el mismo camino.

¿Solo hoy? Pensó con palpable ironía. Chico, tú necesitas terapia.

—Se lo traeré cuando me diga cómo lo quiere —insistió y señaló al mismo tiempo el paquete que había dejado en el suelo y añadió la correspondencia que traía para él. Por lo general la recibía la secretaria, pero esta acababa de salir volando—. Esto es para usted, lo han dejado en recepción.

Levantó la mirada y enarcó una ceja al ver el paquete.

—¿Quién?

Se encogió de hombros.

—Eso tendrá que preguntárselo a la recepcionista que me lo dejó en las manos —le soltó—. ¿Y bien? ¿El café cómo va a ser?

—O es usted tonta o no tiene ese sentido de supervivencia del que habla —le soltó levantándose, una advertencia en toda regla—. ¿En qué departamento ha dicho que trabaja?

Oh sí, Julieth y su maravillosa y enorme boca.

Hoy has batido tu propio récord, guapa.

—No se lo he dicho —replicó. Ya de perdidos, al río y a nadar—. Aunque debería saberlo por mi aspecto, el cual se ha tomado un momento en contemplar. Pero se lo pondré fácil: Clasificación y reparto de correspondencia.

Se mantuvo en silencio, mirándola, solo mirándola.

—¿Es usted siempre así o esto es algo personal?

Enarcó una ceja.

—Lamentablemente mi boca va por libre la mayoría de las veces, pero no digo nada que no piense —le soltó—. Milagroso que lleve casi cinco meses en esta empresa.

Entrecerró los ojos.

—¿Lleva cinco meses trabajando para mí?

—En realidad trabajo para el departamento de correspondencia, pero sí —comentó, entonces chasqueó la lengua y se llevó las manos a las caderas—. ¿Y bien? ¿Va a despedirme también o puedo volver a mi cueva?

Se rió. Una auténtica carcajada. Algo totalmente inesperado en un hombre como él.

—Que sea sólo y con sacarina, señorita Correos —la sorprendió brindándole la información que había pedido—. Vuelva aquí antes de que se enfríe. Acaba usted de solucionar un problema que me aquejaba.

Parpadeo ante su comentario y frunció el ceño.

—¿Disculpe?

Sus ojos se clavaron en ella, pero la diversión seguía bailando en ellos.

—El café. Ahora.

Dicho eso la despachó con un gesto de la mano y volvió a concentrarse en el perro.

Sí, su jefe era un hombre realmente atractivo, estaba para comérselo pero era un completo gilipollas. A pesar de ello, pensó, le traería su café.

CAPÍTULO 2

Acabada de encontrar a la mujer perfecta. No estaba muy seguro de cómo había ocurrido, pero a la par que se deshacía de su última secretaria se ganó varias réplicas de una corrientucha y curvilínea mujercita cuya boca podía equipararse a la suya propia. La chica no había dudado ni dos segundos en abrir esa puerta, colarse sin ser invitada e interrogarle sobre sus preferencias por el café. Se había enfrentado con él sin que le temblase el pulso y, no solo eso, sino también se había ganado a Duke. Eso era lo más inverosímil de todo.

Miró a su perro y entrecerró los ojos.

— ¿De verdad te gusta esa muchachita resplandona?

El pastor belga que había adoptado era bastante exigente con sus amistades, quizá debido al pasado de malos tratos que había sufrido. Lo defendería a él hasta la muerte y lo sabía, en su canina mente Romeo era su salvador, pero esta era la primera vez que veía que no solo no le gruñía a una mujer, sino que permitía que se le acariciara y moviese la cola.

El animal agitó la cola y se lamió el hocico, parecía muy satisfecho consigo mismo a juzgar por la manera en que le miró. A veces casi esperaba que se pusiese a hablar y le dijese lo mal que estaba haciendo las cosas, entonces recordaba que solo era un perro y esa espera

terminaba.

—¿Crees que ella podría ser una buena candidata?

Estaba cansado de que el juego fuese tan sencillo, de que ya no hubiese emoción. Necesitaba a alguien capaz de darle la réplica y hacerlo de manera contundente, alguien que le pusiese las cosas difíciles y no se convirtiese en una perra en celo cada vez que lo ida e un dedo, pero ese tipo de mujeres eran las que querían un anillo en el dedo.

Frunció el ceño ante la repentina y absurda idea que se le pasó por la mente.

—Un anillo —murmuró y miró a su compañero canino—. ¿Debería hacerle una proposición?

El perro estornudó, algo que lo hizo reír.

—Sí, sí, a mí también me daría alergia la idea —comentó y sacudió la cabeza—. No, debo estar muy desesperado para pensar siquiera en ello y sin embargo...

Volvió a mirar hacia la puerta y conjuró en su mente de nuevo la imagen de aquella mujercita. No podía decirse que fuese precisamente una beldad, llevaba el pelo corto de un color castaño claro y unas gafas negras de pasta que desviaban la atención de lo más bonito en ella; unos ojos azules. Por lo demás era bastante anodina.

—Ella es todo lo opuesto a lo que he venido buscando últimamente en una mujer —continuó con su monólogo—. Y con ella a mi lado podría

hacer que todas esas féminas hambrientas perdiesen todo interés por mi persona. Demonios, la idea está empezando a parecerme atractiva, Duke, ahora sí que he perdido la cabeza por completo.

Un par de golpecitos en la puerta precedieron a esta abriéndose casi al momento.

—Su café.

El uniforme era rematadamente feo, tenía que admitirlo, y no hacía nada en absoluto para aumentar el posible atractivo que pudiese tener la chica.

—Gracias, puedes dejarlo sobre la mesa auxiliar —le indicó siguiendo cada uno de sus movimientos mientras su perro volvía a mover la cola contento al escuchar la voz de la recién llegada.

—Sabe dar las gracias, qué bien.

Lo había susurrado, seguramente un pensamiento que había escapado de sus labios, pero le llegó lo suficiente claro como para que tuviese una rápida réplica.

—Creo en la educación por encima de todas las cosas.

Ella le dedicó una mirada que decía claramente lo que opinaba al respecto.

—Cualquiera lo diría con la forma en la que despachó a su secretaria. Entrecerró los ojos y la miró fijamente.

—Soy solo yo o suele faltarle al respeto a sus superiores como norma

general.

Levantó el rostro y se encogió de hombros.

—Suelo procurar a la gente el respeto que se merecen.

—¿Y ahora me está insultando?

Los labios femeninos se curvaron muy ligeramente a pesar de que su voz expresaba una total inocencia.

—Me temo que está haciendo conjeturas, señor Tibori, suelo ser muy educada con todo el mundo, en especial mis jefes.

Sí, claro y a mí me encantan los disfraces de oso polar.

Se tomó unos momentos para servirse el café y, tras comprobar que estaba tal cual él lo había pedido —un verdadero milagro en aquella empresa—, continuó con su investigación particular.

—¿Y cómo es que ha terminado repartiendo la correspondencia en mi empresa, señorita...?

—Mills. Julieth Mills. Si agudiza un poco la vista podrá ver que es el nombre que figura en la etiqueta de mi uniforme.

Un zasca en toda la boca, pensó divertido. Sí, esta mujer era sencillamente perfecta para lo que tenía en mente.

—Bien, señorita Mills. Cuénteme usted, cómo ha terminado aquí.

Se encogió de hombros.

—Necesitaba el trabajo —replicó sin más—. Ya sabe, la gente de a pie tenemos la necesidad de trabajar para vivir.

Enarcó una ceja ante su pullita.

—¿Cree acaso que me paso todo el día entre estas cuatro paredes jugando al ajedrez?

Miró a su alrededor como si estuviese buscando dicho tablero y respondió.

—No le veo como jugador de ajedrez, quizá de póker, pero no de algo que requiera tal nivel de concentración —volvió a metérsela doblada. Caray, esa muñequita tenía munición para rato y le estaba encantando ver como la usaba—. Por otro lado, no sería el primer hombre que se pasa todo el día en la oficina para no tener que soportar a su mujer.

Se apoyó en la mesa y le dio un nuevo sorbo a su café sin dejar de mirarla.

—Una forma poco sutil de preguntar si estoy casado.

Ella enarcó una ceja.

—No lo he preguntado —aseguró tan tranquila—, de hecho es algo que no podría importarme menos.

—¿Y usted? ¿Lo está?

—Eso es algo que tampoco debería importarle a usted, de hecho no le importa.

—El caso es que sí, me importa.

Y no tenía ni idea de cuando hasta que ella había sacado el tema. Barrió de manera disimulada sus manos y se calmó al no ver anillo o

línea de ello en sus dedos.

—No veo el motivo para ello.

—Bueno, es sencillo, en realidad —le dijo sin más—. Usted podría ser una buena candidata para terminar con la soltería de cualquier hombre.

Le dio otro sorbo al café sin dejar de mirarla, esperando su reacción.

—El café debe ser realmente malo si le hace delirar de semejante manera —chasqueó ella.

—Los he tenido peores.

Um. Respuesta equivocada, Romeo.

Se llevó las manos a las caderas, enfatizando su figura y haciendo que los pechos se le marcasen contra la camiseta. No era precisamente de busto abundante, pero le gustaba así.

—En ese caso debería de ir usted mismo a buscar el café —replicó—. Le ahorrará tomar cosas que no le gusten.

Sonrió de soslayo.

—No me refería al café sino al delirio, señorita Correos.

Sus ojos se angostaron, parecía tener cierta tendencia hacia el homicidio. ¿Podía resultar ser más apropiada?

No tenía miedo enfrentarse a él, de hecho, lo encaraba en cada salida de tono y lo hacía con mucho arte.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

Ladeó la cabeza y la contempló pensativo.

— Es usted bastante peculiar.

— Peculiaridad es mi segundo nombre.

Se cruzó de brazos, suspiró y soltó lo obvio.

— No le infundo nada de respeto, ¿no es así?

— Es mi jefe...

— Y a pesar de ello me replica...

— Nadie me dijo que no pudiese hacerlo si creyese que la ocasión lo ameritaba — aseguró con total naturalidad—. De todos modos, si le sirve de consuelo le diré que, ya que no le conozco mi juicio está basado únicamente en conjeturas.

— ¿Y cuáles serían para usted tales conjeturas?

Esto se ponía cada vez más interesante.

— Que es el jefe y como tal le importa un pepinillo lo que tenga que opinar yo sobre usted.

Tenía razón, mucha razón, aunque esta vez no se aplicaba a su caso. Sí tenía interés en saber qué opinaba.

— ¿Y qué más?

Resopló, un gesto muy femenino y que le arrancó una sonrisa.

— Diría que el aburrimiento es lo único que hace que me retenga aquí — añadió mirándole a los ojos—. Está retrasándome a propósito porque encuentra... divertida... mi presencia. Desgraciadamente, está también retrasándome en mi trabajo y la que tendrá que escuchar a la encargada

soy yo, no usted.

—Lejos de mí desear que tenga problemas de ningún tipo, por favor, dígale a su encargada que el retraso se debe únicamente a mí.

—No le quepa duda que lo haré, aunque dudo que me crea —puso los ojos en blanco—. Con usted es imposible tener una conversación más o menos productiva.

—Oh, en absoluto. Mi querida señorita Mills, está siendo usted el encuentro más estimulante que he tenido en mucho tiempo —replicó con sorna—. Me está devolviendo la fe en el sector femenino.

Enarcó una ceja.

—Ah, ¿pero lo había perdido?

Se mordió una carcajada.

—Digamos que un poco.

Su asombro creció, como también la incredulidad presente en su voz.

—¿Y yo se lo he devuelto?

—¿Difícil de creer?

—Más de lo que imagina —aseguró con absoluta convicción.

—Entonces no le sorprenderá si le hago una petición un tanto irregular —decidió.

Ella enarco una ceja.

—Eso sería lo más normal de todo.

—Bien, en ese caso se la haré.

Su gesto no se inmutó, se quedaron mirándose unos instantes y, al ver que él no decía nada, empezó a impacientarse.

—Estoy esperando.

Negó con la cabeza.

—No quiero hacerle perder más de su valioso tiempo, no si con ello contribuiré a que le llamen la atención —le recordó sus propias palabras—. Dejaré el asunto, para un momento más propicio.

Resopló, un sonido de lo más divertido desde su lado del campo.

—Bien, ya me ha hecho perder el tiempo lo suficiente —declaró, miró el café y luego a él—. La próxima vez que quiera un café le sugiero que vaya a buscarlo usted mismo.

—Eso haré —levantó la taza a modo de despedida.

Sacudió la cabeza, dio media vuelta y estaba a punto de salir por la puerta cuando la detuvo.

—Ah, señorita Correos —la llamó, sabiendo que le molestaba ese apodo. Había visto como rechinaba los dientes ante ello—. Espere mi proposición al finalizar su turno...

Ella se giró para mirarle por encima del hombro.

—¿Espera que le dé una respuesta a la misma?

Ocultó su sonrisa tras la taza de café.

—Ardientemente, querida Julieth, ardientemente.

Vio cómo se sorprendía por la mención de su nombre, pero no dijo

nada, dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO 3

Por si no había sido suficiente con escuchar el infinito y pesado reproche de su jefa de sección —esta mujer parecía tener predilección por dar sermones—, a raíz del absurdo momento que pasó en la oficina de su jefe, con lo que acababa de entrar por la puerta, tendría munición para el resto del año.

Julieth no pudo evitar quedarse mirando al precioso pastor belga del chalado de su jefe. Faltaban cinco minutos para terminar su jornada laboral, de hecho, estaba terminando de clasificar algunos documentos cuando escuchó el característico jadeo al estilo de —no me puedo creer lo que estoy viendo— de Gertrude Prudence, su particular pesadilla en el trabajo desde hacía más de cinco meses.

—Señorita Mills, esto es el colmo —señaló al perro—. ¿Ha perdido la cabeza o qué le pasa? No puede traerse a su mascota al trabajo.

Puso los ojos en blanco.

—De verdad piensa, que si tuviese una mascota, me molestaría en traerla a este... lugar. —Si decía cuchitril en voz alta, se armaría la tercera guerra mundial—. Este precioso e inteligente can no es mío.

—Pues para no ser suyo parece conocerla muy bien —replicó indicando la señal de afecto del animal. Duke parecía contento de verla, pues no dejaba de mover la cola.

—Supongo que le caigo bien y lo expresa de esa manera.

—Entonces, admite que conoce a este... chucho.

—Sí, lo conozco muy bien —aseguró agachándose ante el perro para rascarle tras las orejas—. Es del chalado más grande que existe en esta empresa. ¿A que sí?

El perro sacó su enorme lengua y le lavó mitad de la cara con una sola pasada.

—Gracias, amigo, tú sí que sabes apreciar a las personas.

Le acarició de nuevo el pelo y se lo revolvió. Al contrario que en la oficina, el animal llevaba ahora uno de esos nuevos arneses típicos de los perros guía que contaban con bolsillos a los lados. Sobresaliendo de uno de ellos había un sobre violeta.

—Así que te manda de recadero, ¿eh? —murmuró y sonrió para sí—. Típico. ¿Por qué molestarse en hacer lo que puede mandarle a otros?

—Señorita Mills le exijo que saque a ese chucho de aquí —insistió la señora Prudence utilizando ya ese tonito suyo altisonante.

Levantó la cabeza y la miró sin mucho entusiasmo.

—Entre que no tengo la menor intención de hacerlo, ya que el perro no es mío y que su dueño podría tomárselo a mal, puesto que es el dueño de este complejo de oficinas y su jefe —le soltó—, me temo que si quiere echarlo de aquí, tendrá que hacerlo usted.

La mujer palideció varios grados, su mirada iba de ella al perro.

—Este can es la mascota del señor Tibori.

—La inteligencia no ha muerto después de todo —masculló cogiendo el sobre.

—¿Decía usted? —Inquirió, aunque sabía perfectamente que la había oído.

Señaló el sobre en sus manos y le dedicó una radiante sonrisa que no le llevaba ni a los ojos.

—Una carta, me trae la correspondencia —murmuró con aire misterioso. Entonces rasgó el sobre y enarcó una ceja—. Increíble, le ha dado tiempo a comprar una postal y todo.

—¿Una carta? ¿Del señor Tibori?

Su expresión de sorpresa e incredulidad era difícil de ocultar.

—Lo más seguro es que sea mi carta de despido —le soltó y procedió a darle la espalda, alejándose unos metros de la cotilla mujer.

—¿Ha dicho despido? —Se estaba emocionando pensando ya solo en la idea. Sí, sin duda eso haría su día mucho más interesante—. Al fin alguien con criterio.

Ignoró los comentarios de la alocada mujer, extrajo la postal más cursi que había visto alguna vez y la abrió.

—Bueno, al menos lo ha escrito a mano —se burló. Nunca había tenido el placer de encontrarse con su jefe de aquella manera, mucho menos intercambiar tales palabras con él, pero después de hacerlo no

podía evitar pensar en todas las habladurías que había escuchado a lo largo de esos últimos meses. No, mucho no se habían equivocado.

Suspiró y empezó a leer...

Parpadeo y lo leyó una vez más. Tenía que haberse equivocado, no podía haber escrito...

—Joder, sí, lo ha hecho.

Se quedó mirando la tarjeta con incredulidad y entonces se echó a reír como una loca, doblándose por la mitad, incapaz de contener su hilaridad.

—Ay Dios, es la proposición más divertida que me han hecho en mi vida —se carcajeaba—. Poco creíble, pero ingeniosa. Muy bien, señor Tibori, lo ha hecho muy bien.

Estaba claro que aquello solo podía ser una broma más de su jefe, una manera de ponerla en ridículo por la manera en que le había hablado. Era imposible que se le hubiese pasado siquiera por la cabeza una propuesta como aquella, así, sin más. No a ella, no a Julieth.

No. Esto era una de sus tretas, un juego con el que pasar sus tediosas horas de oficina. Pues estaba muy equivocado con ella si pensaba que iba a permitir que fuese un blanco para sus bromas.

¿Una propuesta de matrimonio? Claro, como no.

Se llevó la carta al pecho y suspiró de manera exagerada mientras

comprobaba por el rabillo del ojo que el cuervo de su jefa la estaba observando.

—Pero qué romántico es mi... Romeo.

No escupas su nombre, bruja, tienes que sonar creíble.

Las parabólicas de su jefa saltaron ante la mención del nombre de pila de su jefe.

Sí. Ven pececito, ven. Pica el anzuelo y te meto en el horno cagando leches.

—Oh, pero es taaaan inesperado —dramatizó y se volvió hacia el perro, quien volvió a darle a la cola al ver que le prestaba atención—. Ay, se suponía que íbamos a mantenerlo en secreto y ahora, ahora el muy truhan me sale con estas. ¿Qué debería decirle, Duke?

El perro ladró, sobresaltándola y haciéndola reír a continuación.

—Sí, yo opino lo mismo.

Dime qué piensas que tu amo es un auténtico capullo y te compraré un solomillo para ti solito, perro guapo.

Sin pararse a pensar se giró como una peonza y abrió los brazos hacia su jefa.

—No era una carta de despido después de todo, Gertrude, es una proposición de matrimonio.

No se lo pensó dos veces y le plantó la postal delante de los ojos.

—Lea, lea.

La mujer, ya impactada por sus palabras empezó a perder el color

gradualmente.

—Me está tomando el pelo... —murmuró pasando la mirada de las letras a ella.

—Pues no.

—Pero es imposible. —Parecía a punto de caer fulminada al suelo.

Suspiró.

—Peores cosas se han visto...

Parpadeó varias veces como un búho y tartamudeó hasta que consiguió escupir:

—Pero... pero entonces... tú... todo este tiempo... —sacudió la cabeza cada vez más pasmada—. Eres la novia del jefe.

Sonrió beatífica.

—Se suponía que iba a ser un secreto.

Miró de nuevo la postal.

—Su prometida.

—Según esto sí —aseguró arrancándole lentamente la tarjeta de las manos.

—Pero, pero, pero... si dicen que solo se fija en las mujeres atractivas y con aspecto de modelo.

—Oh, qué amable es usted al decirme esas cosas tan bonitas.

La mujer parecía ser incapaz de reaccionar.

—Una boda.

Sonrió ampliamente, le cogió las manos y exageró su entusiasmo.

— ¿No es fabuloso?

— Ay Dios.

Asintió ante su comentario y le espetó.

— Claro, claro, lo haremos por la iglesia.

La apuntó con un dedo.

— No, esto es otra de sus tretas, Mills, lo sé.

Fingió verdadera consternación.

— ¿De verdad le parece que me molestaría en urdir algo como esto?

¿Quién iba a creerme?

— Es que no me lo creo, es... es... imposible.

Se abanicó con la postal.

— Lo ve, hasta usted misma me da la razón —sonrió divertida—.

Quién sino alguien como el señor Tibori podría pensar en algo tan — absurdo, pensó—, romántico.

Emitió un exagerado suspiro.

— Debería responderle ya para que no se ponga más nervioso — canturreó. No le había dicho él, después de todo, que quería una respuesta. Pues toma respuesta, capullo—. Veamos, veamos... qué debo escribir.

Le dio la espalda y buscó papel y bolígrafo, abrió de nuevo la tarjeta y garabato rápidamente.

Estimado señor R:

*Tiene usted una forma única de burlarse de sus
empleadas. Pues sepa usted que la respuesta a su
inesperada proposición es:*

Sí.

PD: ¿Cómo se le queda el cuerpo?

Revisó minuciosamente el par de líneas que había garabateado a continuación de las suyas y asintió satisfecha. Cerró la postal, la devolvió al sobre y la introdujo en uno de los bolsillos del arnés del perro.

—Vamos chico guapo, llévaselo a tu amo —lo animó—. Y ya que estás méale los zapatos.

Sacó una de las galletitas de mantequilla que solía llevar para picotear y se la dio al perro.

—Sí. Tú sí que eres guapo y listo.

El animal se zampo la golosina y volvió sobre sus pasos. No tenía

idea de si iba a volver con su amo pero tampoco esperaba para averiguarlo. Su jornada había terminado y pensaba ir a celebrarlo.

Hoy era viernes, después de todo y sus verdaderas amigas iban a celebrarlo en el *COPAS*. Erika y Brenda eran sus mejores amigas desde hacía unos cuantos años, dos locas en toda la extensión de la palabra, que no habían dudado en acogerla en su seno. Ambas se iban a morir de la risa cuando les contase lo que acaba de recibir. Siempre le decían que iba a quedarse para vestir santos y ahora que tenía una invitación de uno de los solteros más cotizados del país... Sí, ya podía verlas escupir el vino.

Recogió su bolso y salió dispuesta a emborracharse y pasárselo bien. Sí, su jefe acaba de darle la excusa perfecta para ello.

CAPÍTULO 4

El ambiente del *COPAS* siempre era animado, un lugar alegre, distendido, dónde podía reunirse con sus chicas y olvidarse del tedioso trabajo o de las excentricidades de su recientemente enloquecido jefe. Julieth miró sobre la mesa la fila de mojitos que habían ido bajando entre las tres, sentadas una al lado de la otra y frente a ella, sus compañeras de copas escuchaban atónitas su reciente conflicto.

—Espera, Espera, espera. —Brenda levantó ambas manos y empezó a sacudirlas como quién pretende secarse las uñas. De las dos mujeres, era la más expresiva y también la más alocada. Vestía un estilo gótico moderno que le daba un aspecto muy chic—. ¿Qué te ha pedido matrimonio?

—Respira, Bren, respira.

Erika era su contraparte, rubísima dónde su novia era morena, le encantaba vestir de blanco y podía muy bien permitírselo con el pedazo cuerpo de modelo que tenía. Ella era la sensata, la que ponía el freno a las locuras de su chica y en ocasiones a las suyas propias.

—¿Pero tú has escuchado lo que ha dicho?

—Alto y claro —asintió volviéndose hacia Julieth—. Es impactante.

—Romeo Tibori es el soltero de oro de esta jodida ciudad, país y diría que de la tierra —exclamó Brenda—. Estoy hiperventilando,

hiperventilando.

—No es más que una broma de mal gusto —intervino antes de que empezasen a elucubrar.

—La peor de las bromas —asintió Erika y le puso la mano sobre la suya—. No es justo que te ilusione de esa manera.

—Es cruel —la secundó su compañera.

—Muy cruel.

Cogió entre los dedos su copa y se la bebió de un trago.

—Creo que empiezo a deprimirme.

—Ya puedes, vas con el tercer mojito —indicó Erika.

—Déjala, Erie, está de bajón.

Dejó el vaso sobre la mesa e hizo un mohín.

—Se piensa que soy tan tonta como las secretarías a las que ha despedido —bufó. El alcohol hacía tiempo que había empezado a hacer su efecto.

—Tú les das mil vueltas —le aseguró Brenda—. Ganas a esas Barbie cursis en inteligencia y don de gentes.

—Pues se va a llevar una sorpresa —aseguró al tiempo que asentía de manera enfática—. Vaya que se la va a llevar.

—Oh... conozco esa miradita —Brenda se inclinó hacia delante—. ¿Qué has hecho niña mala?

—Lo que mejor se me da —se encogió de hombros—. Poner en

evidencia a los hombres que se creen superiores a las mujeres.

— Ya le ha entrado la vena feminista.

— Eso sí que se te da de lujo —asintió Erika y preguntó—. ¿Qué has hecho?

— Responder a su petición de matrimonio.

Ambas jadearon.

— ¿Lo hiciste?

— ¿Te has vuelto loca?

— ¿Qué le has dicho?

— Lo que seguramente no querría leer.

Sonrió pensando en la cara que pondría su jefe cuando abriese la postal y viese ese enorme «sí».

— ¿Y? —Insistieron.

— No nos tengas en ascuas.

— Escribí la respuesta en la misma tarjeta que me envió y me encargué de que el lunes lo sepa toda la compañía —sonrió y se dio unos golpecitos en el mentón—. Conociendo a Gertrude, lo más seguro es que ya esté llamando a la NASA para contarlo.

— No puedo creerlo, ¿le has dicho que sí?

— ¿No es eso lo que se suele decir a una propuesta de ese tipo? — preguntó inocente, entonces compuso una mueca—. Lo más seguro es que tenga que buscarme otro empleo y no es tan mala idea, empiezo a

aburrirme y mucho de estar todo el día clasificando correo y repartiéndolo por el edificio.

—Lo más seguro es que tengas que mudarte incluso de país —le soltó Brenda con una carcajada—. Oh, nena, estás que ardes.

Se encogió de hombros pero lo estaba pasando realmente bien con todo aquel asunto.

—Bueno, no podía decir que no a tan maravillosa proposición —se burló—. Si hasta me mandó a su perro. No podía defraudarle de esa manera y dejarle moqueando por las esquinas. Le he hecho un favor al decirle que sí.

Las chicas se echaron a reír.

—Ay, tía, yo quiero ser dama de Honor —aseguró Brenda brindando por ella.

—Yo daría lo que fuese por ver su cara cuando lea tu respuesta, Julie —aseguró Erika.

—Ya seríamos dos —aseguró—. Se va a morir.

—Él solito se lo ha buscado, querida —insistió Brenda—. Además, ¿quién hace una proposición de matrimonio si no va en serio?

—¿No me digas que ya se ha ahogado tu neurona buena en el mojito? —le soltó a su amiga—. Su proposición no es seria, nadie manda a su perro con una postal.

—¿Y si lo fuese? —añadió Erika repentinamente pensativa—. ¿Quién

sabe qué pasa por el cerebro de un hombre?

—¿Tengo que recordarte lo que se dice de ese tío? —resopló—. No es precisamente material de pasar por el altar.

—Cari, sé qué quieres ver a nuestra Julieth casada y con churumbeles, pero admitámoslo, ese hombre no juega en su misma liga.

Erika sacudió la cabeza y resopló.

—¿Y si le pasa como a Rosita Acacia Bermúdez en *Remolinos de Amor*? —Oh, sí, su amiga era una fanática de las telenovelas—. Él no quería casarse, sólo deseaba ganar una apuesta pero cuando la vio cayó enamorado de ella.

—Estás hablando de una telenovela, hija —le recordó poniendo los ojos en blanco.

—Como si no se hubiesen visto cosas iguales o peor aún en la vida real.

—No, esto no ha sido cosa de una apuesta —negó y señaló lo obvio—. Y tampoco pretende casarse realmente. Ni siquiera sabía quién soy y eso que llevo trabajando para él y llevándole la correspondencia desde hace cinco meses.

—Pero no se la entregabas a él, sino a sus secretarias —argumentó Erika—. Puede haber sido un flechazo.

—Eso sería tan romántico.

—Joder, se supone que la que debería estar ya borracha soy yo y

vosotras sois en cambio las que deliráis a lo bestia.

—Admite que sería muy romántico.

—Sería una locura de proporciones bíblicas —los interrumpió—. Jamás me casaría con un hombre así. Ni siquiera me conoce, ¿quién propone matrimonio a una mujer que no conoce de nada?

—¿No te atrae ni un poquito? —preguntó Brenda.

Resopló.

—Está cañón, no soy ciega.

—Pues entonces...

—Entonces debería tomarme mi cuarto mojito a ver si me pongo a ver de una vez jodidas libélulas en vista del éxito.

Sí, una bebida más y podría ponerse a bailar encima de la mesa.

—Por mi próximo matrimonio —declaró levantando su nueva consumición.

—Porque encuentres de una vez al príncipe azul —añadió Brenda.

—Y no se convierta en sapo —acotó Erika.

Príncipes azules, sapos... Esto no era un cuento de hadas, era una novela sacada de la cabeza de Stephen King.

CAPÍTULO 5

—¿Qué vas a hacer qué? —La incredulidad estaba presente en la voz de Fabio.

—Casarme —aseguró por novena vez en la última hora.

—Vale, en serio —se rió él—. Creo que tengo un trastorno o algo porque no te he entendido.

—Matrimonio —repitió y para que no le quedaran dudas añadió—. Deberías saber lo que es, te casaste tres veces.

—Sí, las mismas que me divorcie.

Romeo empezaba a pensar que su hermano nunca le creería. Se había echado a reír como si le hubiese dado un ataque en cuanto se lo comentó. De hecho, había dejado lo que estaba haciendo para ir a verlo a la oficina.

—¿La dejaste preñada? —sugirió, parecía necesitar agotar todas las opciones—. ¿Es Eso?

—No, en absoluto —negó con un resoplido—. Ni siquiera hemos llegado a esa base.

Su hermano sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Pero que qué te han dado? —jadeó—. ¿Te has comido la comida del perro o qué?

—Me apetece casarme.

No creía que fuese tanto el problema. De hecho, era una medida más

que acertada para terminar con el tedio y una larga soltería.

—Y a mí ir a jugar al Polo y no por eso me caso con mi caballo.

—Y ha aparecido la persona adecuada.

—Ninguna mujer puede ser adecuada.

Según el estándar de Fabio, no.

—Esta lo es.

—¿Por qué?

—Porque le gusta replicante, no me tiene respeto y es una deslenguada —enumeró cada una de las razones que le vinieron a la mente—. Es todo lo opuesto de lo que me gusta en una mujer.

Volvió a reírse.

—Estás mal de la cabeza.

—Puede que un poco —miró la tarjeta y el enorme «sí» garabateado en ella—. Pero me ha dicho que sí.

—Como para no hacerlo —le soltó—. Habrá visto tu cara en los billetes de cien.

—No creo que Julieth sea ese tipo de mujer —replicó pensativo—. De hecho, intuyo que su afirmación es más bien una velada negativa.

—Pues peor me lo pones —resopló, entonces frunció el ceño y lo miró con cara de chiste—. ¿Julieth? ¿En serio?

Se encogió de hombros.

—Solo es un nombre.

—Claro que sí, Romeo, claro que sí...

Optó por ignorarle.

—Además, a juzgar por las miradas que he recibido a lo largo de la mañana y la reciente felicitación de mi gerente de ventas, diría que nuestro compromiso ya es de dominio público.

Sacudió la cabeza.

—Tienes que parar esto antes de que aparezcas en los periódicos.

Sonrió de soslayo.

—Bueno, si se le ocurre retractarse de su palabra, podía optar por ese medio.

—Has perdido un tornillo, hermanito, en serio —aseguró convencido

—. Además, ¿qué sabes de ella? ¿Quién es? ¿La has investigado?

Siempre tan melodramático.

—Es una empleada de mi empresa —le resumió—. No tiene antecedentes penales, ni denuncias, ni siquiera multa de aparcamiento. Y, lo más importante de todo, a Duke le gusta.

El perro movió la cola al escuchar su nombre.

—Oh claro, confiemos en el juicio de un jodido chucho, como no.

Esto no iba a llegar a ninguna parte.

—Fabio, sé lo que hago.

—No, no lo sabes y eso es lo más grave de todo, joder que sí. Lo más grave.

—¿Vas a dejar de ponerte fatalista? —pidió.

—No puedo, eres mi hermano pequeño, se supone que eres más inteligente, lo suficiente para no caer en los mismos errores que caí yo — lo acusó—. El matrimonio no trae nada bueno, Romeo, te lo digo yo. He pasado tres veces por él y cada una fue peor que la anterior. No seas idiota y olvídate de ello.

No, no pensaba hacerlo. Ya había tomado la decisión. Julieth era la candidata perfecta para ello, solo necesitaba hacérselo ver y, quizás, verlo también el mismo.

—Si te presento a mi prometida entenderás porque es la mujer adecuada para mí.

—No, no lo entenderé, pero puedes hacerlo si quieres —lo invitó a ello—. Así podré amenazarla con todo el peso de la ley y prevenirla de que no tocará un solo céntimo de tu dinero.

Puso los ojos en blanco.

—Bájate del estrado, señor abogado, bájate ya.

Resopló y sacudió la cabeza.

—Voy a necesitar un café y una copa de whisky —aseguró caminando hacia la ventana.

—El café puedo pedírselo el whisky no.

—Aguafiestas.

Le ignoró y cogió el teléfono para hablar con su nueva secretaria. Otra

cabeza hueca con más pelo que cerebro, o eso era lo que le había parecido a simple vista. A ver si no terminaba echándola también.

—Tráiganos dos cafés y dígame a Julieth Mills que venga a mi despacho.

La respuesta no se hizo esperar.

—Sí señor Tibori —replicó la chica con una voz cantarina que era lo único que encontraba agradable en ella—. Ahora mismo.

Colgó y volvió a mirar a su hermano con una clara advertencia.

—Recuerda que el único que muerde aquí es Duke.

—Ja-ja —se mofó—. A tu perro puede gustarle ella, pero todavía está por verse si la muñequita que pretendes que sea mi cuñada, me gusta a mí.

CAPÍTULO 6

Y por fin había llegado el momento, pensó Julieth, había tardado más de lo que esperaba en llamarla a la oficina. Cualquiera pensaría que, con los rumores que corrían por las oficinas y las miradas soslayadas que había recibido durante todo el día, la cosa habría explotado antes.

Lo más gracioso había sido entrar en su departamento y ver cómo las conversaciones morían casi al instante. Miradas fugaces, cuchicheos cuando no la tenían delante... todo había salido tal y como esperaba. De hecho, hasta Loretta, la recepcionista, había salido taconeando desde la recepción para abrazarla y felicitarla por su próxima boda. Incluso la había regañado por mantenerlo en secreto y no decirle nada a ella, su nueva mejor amiga.

¡Ja! Pero qué morro tenía la gente.

Respiró profundamente y se dispuso a llamar a la puerta. La nueva recepcionista le había indicado que pasase inmediatamente, que la esperaban.

—Acabemos con esto de una vez.

Llamó y al momento recibió un «entre».

—Ah, ya estás aquí —la recibió su jefe levantándose de su asiento. Duke, que permanecía a los pies del escritorio —como siempre—, levantó la cabeza y empezó a darle a la cola con adoración—. ¿Ves lo que te

decía?

El comentario no iba dirigido a ella sino al hombre que estaba sentado en uno de los dos asientos frontales.

—¿Llego en mal momento? —sugirió. No es que le importase, pero prefería terminar con esto sin público.

—No, en absoluto —la invitó a entrar—. Llegas justo a tiempo.

Enarcó una ceja ante el repentino trato. ¿La estaba tuteando?

—Perfecto —murmuró y, tras echarle un último vistazo al hombre se dirigió a él—. ¿Paso ya por el departamento de Recursos Humanos para recoger el finiquito?

Su expresión de póker la sorprendió.

—¿Por qué habrías de hacerlo?

Frunció el ceño y señaló lo obvio.

—Vas a despedirme.

Él se cruzó de brazos haciendo que la tela de la camisa se tensase y marcase un espléndido torso.

—¿Qué te hace pensar eso?

¿Le estaba tomando el pelo?

—¿Hola? Todo el maldito edificio sabe ya de su absurda proposición.

—¿Absurda? —Enarcó una ceja.

—Sí, absurda —insistió—. ¿Cómo lo llamarías si no?

—¿Una propuesta de lo más razonable? —sugirió divertido—. Y que

has aceptado, tengo tu respuesta encima de la mesa.

Deslizó la mirada sobre el escritorio y, efectivamente, la postal estaba sobre él.

—Usted no quiere casarse conmigo —puntualizó—. Es una locura.

—Al fin alguien con sentido común.

Ambos se giraron al hombre que permanecía sentado delante del escritorio.

—Deberías escucharla, Rome.

—Fabio, ¿te importa? Estoy hablando con mi prometida.

—Por favor...

—No soy su prometida.

—Sí, lo eres —le aseguró muy seguro de sí mismo—. Aceptaste ser mi esposa.

—Pensé que quería tomarme el pelo —se quejó.

—¿Y qué te haría pensar algo tan absurdo?

—¿Absurdo? —jadeó y señaló lo evidente, a sí misma—. ¿Pero me ha visto bien? No soy en absoluto su tipo de mujer.

No se molestó en negarlo.

—Puede que no, pero el cambio sería sin duda refrescante.

Entrecerró los ojos, empezaba a perder la paciencia con ese hombre.

—No soy un juguete.

Su comentario pareció ofenderlo.

—Nunca he sugerido que lo fueses.

Se llevó las manos a las caderas y continuó. Estaba cada vez más encendida.

—¿Pero quién se cree que es? ¿Acaso piensa que puede venir, escoger a cualquier mujer y decirle que ha decidido que va a casarse con ella? —escupió—. No, señor. Conmigo no va a jugar. No puede hacerme a un lado cuando se canse de mí y tampoco le permitiré que juegue con mi nombre. No soy una de sus secretarias de usar y tira.

—No, eres mi prometida.

—¿Pero ha escuchado una sola palabra de lo que le he dicho?

—Es imposible no hacerlo, me las gritas a la cara.

—Pues entonces debe tener un grave problema de entendimiento —resopló frustrada—. Se lo diré de otro modo: No voy a casarme con usted.

—Sí, lo harás.

—¡Ja! Porque usted lo diga.

—Sí, exactamente por eso —la desafió abiertamente—. Has dado tu palabra y ahora no voy a permitir que te retractes.

—¿Pero qué palabra ni qué palabra? —se ofuscó—. No quiero casarme con usted.

—Demasiado tarde, querida.

Una sonora carcajada hizo que ambos detuviesen su particular

contienda y se giraran hacia el hombre que se estaba partiendo el culo en la silla. Se había doblado por la mitad y se reía como si se fuese a terminar el mundo.

¿Es que en esa empresa no había ni una sola persona cuerda?

—¿Lo está pasando usted bien, señor?

Estiró una mano pidiendo unos momentos mientras terminaba de carcajearse.

—Ay dios, hermanito, tú te has vuelto majara pero del todo —escuchó entre resuellos—. Tengo que admitir que tu chica tiene más sentido común y agallas que todo un ejército junto.

Enarcó una ceja ante tal declaración.

—Romeo, haz caso a la señorita y replantéate tal absurdez, anda, te está dando la excusa perfecta para retirarte ahora que estás a tiempo.

—Vaya, veo que la inteligencia no ha muerto en este edificio —no pudo evitar comentar en voz alta—. Gracias a Dios.

—Mi salud mental está en perfecto estado —replicó él tan tranquilo—. No estoy tomando esta decisión a la ligera, Fabio, la he meditado en profundidad.

Ambos se giraron a él y prácticamente contestaron al mismo tiempo.

—Durante cuánto, ¿cinco minutos?

—Usted no sabe ni lo que es meditar —replicó y se giró al hombre—. Y menos de cinco, créame. —Solo entonces volvió a mirar a su jefe—. No

me casaré con usted.

—¿Entonces para que me dijiste que sí? —le preguntó con total tranquilidad.

—Pensé que estaba tomándome el pelo —respondió al momento—. Todavía lo pienso.

Sacudió la cabeza.

—No suelo tomarle el pelo a nadie, Julieth, mucho menos cuando hago una proposición de matrimonio.

—Se lo repito, no voy a casarme con usted.

Él no cedió.

—Dame una buena razón.

¿Es que estaba ciego?

—¡Ni siquiera nos conocemos! ¡No se ha fijado en mí ni una sola vez en los cinco meses que llevo trabajando para usted!

—Ese es un problema de fácil solución —aseguró descartando el problema con un gesto de la mano—. Solo necesitamos pasar tiempo juntos.

—No voy a pasar ni un solo minuto con usted —aseguró apuntándolo con el dedo—. De hecho, no me despida, no hace falta. Renuncio.

—Hablaremos de ello durante el almuerzo.

¿Es que no escuchaba lo que le decía? Dios, cada vez tenía más ganas de darle con algo en la cabeza.

—Tenemos tiempo para pasar también por la joyería.

—Ay Dios, es que tú no aprendes —murmuró de nuevo el tal Fabio.

—Necesitarás un bonito anillo en ese dedo.

Le zurro, yo le zurro y a la mierda todo lo demás.

—No quiero un jodido anillo, ¿es que no escucha? —se sulfuró—. No voy a casarme con usted. Mi respuesta es no.

—Demasiado tarde, tengo tu sí firmado y pronto estará enmarcado.

Y una mierda.

—No.

—Sí.

—De eso nada.

—Claro que lo haré, no es nadie para prohibírmelo.

—Soy tu futuro marido —respondió con una satisfacción que le ponía los pelos de punta.

—Y una mierda.

—Deberías cuidar esa boquita, no te quedan bien las palabrotas.

—Pues deje de insistir en burradas como esta del matrimonio.

La ignoró y se volvió hacia su compañero.

—¿Crees que *François* estará abierto a estas horas?

Este resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no escuchas a la chica? —insistió él—. Es la persona más sensata que he escuchado en las últimas horas.

—Gracias.

—Por sorprendente que parezca, es la verdad —aseguró y se volvió hacia Romeo—. Ella tiene más cerebro que tú en estos momentos.

—Lo que hará de ella sin duda la mejor de las esposas.

—Romeo, no quiere casarse contigo.

—Cambiará de opinión.

La madre que lo parió.

—No lo haré.

—Sí, lo harás.

Resopló, cerró los ojos y contó mentalmente hasta diez.

—Díganme la verdad, esto es una broma suya, una manera de matar el tedio que les ha dado por pasar demasiado tiempo encerrados entre cuatro paredes —elucubró mirándolos ahora de uno a otro—. ¿Se trata de eso? ¿De una apuesta, quizá?

A estas alturas estaba dispuesta a creer en cualquier cosa.

—A mí no me metas en el saco, yo solo estoy aquí porque él me dijo que iba a casarse.

—Pues búsquele una mujer que esté a su altura.

—Tú estás a mi altura —atajó su jefe—. De hecho, casi podría asegurar que serías capaz de entrar en mis propios zapatos.

Apretó los dientes. *No explotes, no explotes, Julieth, ni se te ocurra explotar.*

—Me quedarían un pelín grandes.

—¿Eso es otro insulto?

—No, me limito a constatar un hecho —bajó la mirada al suelo y ladeó la cabeza—. Con ese número de calzado debe dormir de pie.

—Ya sabes que dicen sobre el tamaño de los pies...

—No, ni lo sé ni me importa.

—No te preocupes, te pondré al tanto mientras almorzamos.

—No voy a almorzar con usted.

—Sí, lo harás Julieth —caminó directo hacia ella, acortando cualquier distancia entre ambos—. Y empieza a tutearme, no veo a mi futura esposa tratándome de usted.

—No lo haré.

—Eres tozuda.

—No sabe usted cuánto.

—Sí, sin duda voy a disfrutar y mucho de tu compañía —aseguró divertido—. Bien, ¿nos vamos?

La madre que parió a todos los hombres y sobre todo a este, ¿es que no iba a darse nunca por vencido?

CAPÍTULO 7

¿Podría convertirse un cuchillo de mantequilla en un arma arrojadiza?

Sentada frente a ese mentecato en uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad y con un maldito anillo de oro blanco con diamantes y circonitas que casi le había embutido a la fuerza después de una nueva pelea que divirtió a los joyeros, Julieth intentaba mantener el control con todas sus fuerzas. Sus instintos homicidas la llevaban a querer saltar por encima de la mesa y lanzarse sobre él como una gata furiosa, pero tenía más clase que eso y, también, más vergüenza.

—¿Tienes alguna preferencia? —le preguntó desde detrás de su taza de café.

—Cianuro en su copa, pero dudo que lo sirvan aquí.

Sonrió de esa manera pícaro que lo hacía tan atractivo.

—Me refería para la boda —aclaró dejando la taza de nuevo sobre la mesa—. ¿Algo grande y suntuoso? ¿Pequeño e íntimo?

¿Cuándo iba a entenderlo?

—¿Inexistente?

—Eres difícil de complacer, querida.

—No lo sabe usted bien.

Se apoyó en el respaldo de la silla y se dedicó a contemplarla durante

unos minutos.

—Dime, ¿por qué te irrita tanto la idea de casarte conmigo?

Este tío es tonto.

—La lista sería demasiado grande como para enumerarla ahora mismo.

Desechó su respuesta con un ademán de la mano.

—Empieza por el principio.

—Empieza por el principio y la iremos desgranando a partir de ahí.

Este hombre estaba poniendo a prueba su paciencia como no lo había hecho ningún otro. El que aun así lo encontrase atractivo era lo que lo hacía todo más inverosímil.

—No me conoce.

Asintió y tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Concedido —asintió—. Pero para eso te invité a almorzar. Son cosas que se solucionan con citas como esta.

—Esto no es una cita —puntualizó.

—Sí, lo es.

—¿Va a llevarme siempre la contraria?

—Juraría que eres tú quién me la lleva a mí y, confieso, que es toda una novedad —aceptó entre sorprendido y divertido—. ¿No vas a tutearme?

—No me parece prudente.

— ¿Por qué?

— Porque eso haría que se sintiese ganador.

Se rió por lo bajo.

— Tu franqueza me resulta refrescante.

— No será así por mucho tiempo.

Aquello empezaba a parecerse a un partido de tenis.

— Eres como un pequeño cactus, ¿eh? — declaró y la miró con algo parecido a la apreciación—. Pero no me importa, me gustan las espinas.

Sacudió la cabeza y resopló.

— ¿Se da cuenta que llevo más de cinco meses trabajando para usted?

— Eso ya me lo has dicho...

— ¿Y que en todo ese tiempo no se ha dignado ni a decirme buenos días?

— Un fallo imperdonable.

Sacudió la cabeza.

— ¿Cómo espera que me tome en serio semejante y absurda proposición de un hombre al que ni siquiera he tratado?

Pareció pensarse la respuesta.

— Supongo que el hecho de ser tu jefe debería darme cierto punto de credibilidad.

Tenía que estar de guasa.

— No quiere oír mi respuesta a ese comentario.

Se inclinó hacia delante.

—Eres dura de roer.

—A estas alturas debería de haberse percatado ya de ello.

—Pero nunca le he hecho ascos a un desafío —continuó convencido.

Puso los ojos en blanco.

—Tiene problemas de oído, ¿verdad? —le soltó—. Es eso o es que realmente le pone ser insultado hasta que le salgan canas.

Sonrió de soslayo, un gesto que hacía que su rostro adquiriese un tinte pícaro y sexy.

—Me ponen muchas cosas, dulzura, ya te iré poniendo al tanto de cuales son.

—¿Por qué no se rinde de una vez? —se exasperó—. Ya no sé cómo decirle que no voy a casarme con usted.

—Y yo como decirte a ti que sí, lo harás —aseguró con total tranquilidad, cogió su mano por encima de la mesa y se la apretó cuando hizo ademán de retirarla—. Llevas mi anillo, lo que te convierte oficialmente en mi prometida —le besó la mano—. Creo que algo íntimo sería lo que amerita este momento, más adelante, si te apetece, podríamos renovar los votos con algo más grande.

—No, no y no.

Su sonrisa empezaba a ponerla nerviosa.

—Serás mi esposa antes de que termine la semana, Julieth... —No era

una sugerencia, era una afirmación en toda regla.

—No ha escuchado una sola palabra de lo que he dicho y lo está haciendo a propósito.

—...y me darás el sí quiero ante el altar.

Tiró una vez más de su mano hasta soltarse por fin.

—Se va a encontrar usted solito ante el altar...

La ignoró y miró el reloj.

—Siempre me ha gustado el número cuatro —declaró y la miró a los ojos—. Nos casaremos ese día.

¿El cuatro? Eso era el próximo viernes.

Tenía que acabar con esta absurdez antes de que subiese sobre la mesa y proclamara a todo el restaurante que habría una boda.

—Hace unos minutos estaba pidiendo mi opinión al respecto —le recordó.

—Te pregunté si tenías alguna preferencia...

—La tengo: No casarme.

—...y como tus respuestas resultan algo... ambiguas... he optado por tomar yo las riendas.

¡Será hijo de puta!

—Algo que sin duda se le da de lujo...

—Ah, Julieth, Julieth... el día cuatro a las seis de la tarde —puso día, hora y fecha a aquella locura en la que ahora se arrepentía muchísimo de

haberse metido—. En la capilla de St. Mary. Ve vestida de blanco, dulzura, te sentará bien ese color.

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre la mesa.

—¿De verdad cree que haré lo que me diga, solo porque usted me lo diga?

—No —aceptó seguro de sí mismo—. Confío en que harás lo que debes porque sabes qué es lo correcto.

Dios, dame paciencia.

—No voy a ser su esposa.

—El viernes a las seis, señorita Correos —le recordó con un guiño—. Espero que entonces sí estés dispuesta a dar el sí quiero.

Respiró profundamente y se levantó con suavidad de la silla, controlando sus instintos homicidas.

—A lo único que estoy dispuesta ahora mismo es a encerrarme en el maldito cuarto de baño y no volver a salir hasta que sus neuronas se hayan regenerado —siseó al tiempo que se levantaba como un resorte—. Así que, si me disculpa, iré a hacer algo sobre lo que usted no tiene potestad.

Sus labios se curvaron en una petulante sonrisa que la puso si cabía más furiosa aún.

No podía con ese hombre, en cuestión de horas se había adueñado de su vida, se había montado una película digna de los *Óscar* y estaba

ejecutando su cuidadoso plan para que saliese todo a su santa voluntad.

—Ah, no, ni hablar. —Miró hacia atrás para verle hablar con un camarero, entonces cruzó la puerta del cuarto de baño y echó un vistazo a su alrededor—. Esto se va a terminar aquí y ahora.

No era un pensamiento racional, por no hablar de que no llevaba precisamente la ropa adecuada para protagonizar una fuga, pero, ¿acaso había existido algo de raciocinio en toda esa locura colectiva?

No, ni pizca.

Comprobó que los lavabos no estaban ocupados, metió el bolso bajo el brazo y se dirigió a la pequeña ventana al final de los mismos. Diminuta, pensó con una mueca, con todo, era salir por ahí o tener que volver a dentro con el chalado de su jefe.

Su escape fue digno de una película... de comedia. Quedarse atorada no era lo mejor para conservar el glamour, como tampoco lo era que, desde el otro lado de la ventana estuviese esperándola él con una sonrisa petulante en la cara.

Dios, si pudiese usar sus manos, se la borraría de un guantazo.

—Imagino que debe ser alguna especie de tradición, ¿no?

—En realidad se trata de una misión especial con un nombre en clave

—resopló con visible irritación antes de escupir su nombre—. Romeo.

Él se rió, una risa limpia, masculina que le gustaba más de lo que quería admitir.

—Eres ingeniosa, Julieth, no me cabe duda de que lo eres —aseguró acercándose a ella—. Ahora, ¿me permites que te ayude a salir de ahí?

Se mordió un montón de insultos.

—Este compromiso nos va a llevar al psiquiátrico.

—No sé, dulzura, no creo que sea un buen lugar para visitar a mi futura esposa —aseguró y, cogiéndola por debajo de los brazos, la ayudó a maniobrar hasta liberarse—. Despacio... ya estás.

La dejó en el suelo pero no la soltó y allí, uno delante del otro, empezó a darse cuenta del enorme problema en el que estaba metida. Le gustaba ese hombre y también la irritaba, la combinación no era algo precisamente bueno, no en su actual situación.

—Ya puede sacarme las manos de encima.

—Sabes, señorita correos, acabo de darme cuenta de una cosa.

Levantó la cabeza esperando un milagro.

—¿Ha recuperado la sensatez y va a terminar con este absurdo?

—No —negó—. Me he dado cuenta de que todavía no te he besado.

Y estaba decidido a ponerle remedio, pensó al verse engullida por esos brazos, apretada con un cuerpo fuerte y masculino y devorada como si ella tuviese en su boca todo el aliento que le habían robado a él.

Ay dios, estaba metida en un buen problema, pensó mientras se derretía con ese hombre, en uno de proporciones gigantescas.

—El viernes, Julieth, y, solo para que lo tengas presente, las ventanas

de la iglesia... no se abren.

Gimió, no quería estar allí, no quería que la tocase y, sin embargo, no encontraba una sola neurona ahora mismo funcional en su cerebro.

—Tendrá que esperar sentado, Romeo.

—Eso ya lo veremos, Julieth, eso ya lo veremos.

CAPÍTULO 8

Julieth empezaba a sentir la agobiante necesidad de hacer un agujero y esconderse dentro. Las cosas se le habían ido de las manos, lo que pensó que sería solo una broma estaba alcanzando proporciones de pesadilla y el anillo que lucía en la mano izquierda era prueba de ello.

¿Cómo demonios había terminado así? Su jefe estaba loco, más allá de cualquier curación y la arrastraba a ella en sus delirios.

—Pedrusco, esto es un jodido pedrusco.

Levantó la mirada para ver a Brenda observando detenidamente su anillo.

—¿Pero no habías dicho que no hablaba en serio? —preguntó su otra amiga. No había perdido ni dos segundos en llamarlas y citarlas en la cafetería cercana a su trabajo, necesitaba hablar con alguien y ellas eran las únicas capaces de ofrecerle un poco de perspectiva.

—Pensé que me estaba tomando el pelo —se justificó—. ¿Cómo iba a tomarme en serio una proposición de matrimonio semejante de mi jefe?

—Pues reina, esto es muy serio, jodidamente serio —insistió Brenda dejando ir su mano.

—No, ¿en serio? —ironizó—. Y yo que pensaba que era como dar un paseo por el campo.

Ambas pusieron los ojos en blanco.

—No hay necesidad de ser sarcástica, Julieth.

Sacudió la cabeza.

—No es sarcasmo es desesperación —se pasó la mano por el pelo—.
¡Esto va a volverme loca!

—Lógico, no deja de ser una locura —aseguró Erika, la voz de la razón del trío.

—Pues no sé, chica, pero quizá debieses incluso considerarlo.

—¿Pero tú de qué lado estás? —saltó su amiga antes de que pudiese replicar ella misma.

Se encogió de hombros.

—El anillo es una obra de joyería y nena, esos son diamantes, ¿sabes lo que es un diamante? ¡El mejor amigo de la mujer!

Sacudió la cabeza.

—No es mi mejor amigo.

—Pues para no serlo, todavía no te lo has quitado —canturreó Érika.
Cruzó las manos sobre la mesa y dejó caer la cabeza sobre ellas.

—Es que no puedo.

Brenda se inclinó y lo miró de cerca.

—¿Ajustado?

Asintió.

—Prácticamente me lo ha metido a presión —resopló y miró ella misma el aro en su dedo—. Necesitaré... no sé... jabón o glicerina para

quitármelo.

—Caray, empiezo a encontrar todo esto de lo más romántico.

Se incorporó y, junto con Brenda, se la quedaron mirando.

—¿Qué? Lo es —aseguró sin más—. Si fuese solo un encaprichamiento no haría todas las barbaridades que está haciendo. Nadie llega tan lejos solo para joderle la vida a una completa desconocida.

—Y ese es el quid de la cuestión —acotó levantando la mano para frenarla—. Él no me conoce.

—Ha sido amor a primera vista.

—¿Un flechazo? —sugirió Erika.

—Muy posiblemente —secundó Brenda.

Resopló de forma audible.

—No me estáis ayudando y la maldita boda será este viernes.

Ambas se giraron hacia ella como un resorte.

—¿Cómo que el viernes?

—Ostras, ¿pero ya hay fecha?

Se recostó en el respaldo de la silla.

—Otra de sus inesperadas y premeditadas sorpresas —hizo una mueca—. Juro que está empeñado en sacarme canas. Y Dios, es que no entiende que no es no. ¡Ya no sé cómo decírselo!

—Ese tío sí que tiene decisión —silbó Brenda—. Me gusta.

La fulminó con la mirada.

—Lo tuyo no es decisión, es locura y ya me la está contagiando.

Erika sacudió la cabeza, le dio un par de vueltas a la cucharilla dentro del café y murmuró.

—¿Y no podría ser que le gustes de verdad?

La sugerencia casi la hace reír.

—No me conoce de nada.

—Llevas más de cinco meses trabajando para él —insistió.

—Y en todo ese tiempo no supo ni que existía —señaló lo obvio—.

No. Esto tiene que ser una treta. No puedes llegar y decidir casarte con la primera mujer que tienes delante sencillamente porque te lleva la contraria y es capaz de darte réplica.

—Todo hombre inteligente abre los ojos alguna vez en la vida para darse cuenta de que tiene algo maravilloso delante —insistió su amiga.

Bufó ante lo ridículo de la idea.

—Eso ya lo hizo cuando vio a su perro —soltó—. Duke fue la única cosa inteligente que posiblemente ha hecho en toda su vida.

—Eso es cruel, Julieth —aseguró Brenda, pero se estaba tronchando de la risa—. Pero sigo diciendo que me parece muy romántico.

—No es romántico.

Resopló y señaló lo obvio.

—No, lo que no es nada romántico es huir por la ventana del baño y

quedarse atorada.

Se sonrojó al recordar la bochornosa escena.

—Eso fue desesperación.

—Tuvo el detalle de no reírse o putearte ante tu fallido intento de fuga.

—Solo porque sabía que le clavaría los dientes y le sacaría los ojos si lo intentaba.

—¿Lo sabía?

—Oh sí, lo amenacé con ello —resopló y se deshizo del recuerdo con un golpe de la mano—. Por favor, centrémonos, necesito consejo y ver cómo demonios salgo de esta.

—Mi consejo es que te cases con él —la sorprendió Brenda.

—Sí, no encontrarás partido mejor —la secundó Erika antes de añadir—. Exprímele todo lo que puedas durante el matrimonio y ponlo a tu nombre.

—Brenda, así no ayudas precisamente —chasqueó su compañera.

—Le estoy dando los mejores consejos del mundo.

—Ignora a está loca y centrémonos —pidió su amiga y la miró—. Aunque estés hecha un basilisco y patalees como una niña... a ti Romeo siempre te ha hecho un poco tilín.

—No digas absurdecas.

—No son absurdecas —contestaron las dos a la vez—. Se te nota

incluso ahora, cada vez que hablas de él.

—¡Es frustración!

—Sí, posiblemente, pero por no saber a ciencia cierta de si esto es una actuación o la realidad de un hombre al que le ha llamado la atención una mujer —declaró Erika—. Piensa en ello por un momento, ¿tú crees que él es la clase de persona que podría orquestar algo como esto como una simple broma? De las tres que estamos aquí, eres con diferencia, la que puede saber algo sobre él.

—Sé que se ha vuelto loco.

—Loco por ti, al parecer —insistió Erika.

—Dejémoslo en loco a secas.

—¿Te has asegurado si lo de la boda es verdad? ¿Si está reservada la iglesia para ese día? —preguntó Brenda—. Quizá debería ser el primer paso a dar...

—La boda está programada para el viernes día cuatro a las seis o seis y media de la tarde —replicó al momento—. Llamé esta misma tarde para informarme y casi me da un paro cardíaco cuando me dijeron que sí y a nombre de quién.

—Pues entonces ya vamos tarde para comprarte un vestido.

—No voy a casarme...

—Lo más inteligente sería...

—Dejarle plantado en el altar.

Tan pronto las palabras abandonaron su boca empezó a sentir el cosquilleo previo a una gran idea.

—Eso sería cruel... —aseguró Brenda pero no por ello dejaba de sonreír como si también le gustase la idea.

Sacudió la cabeza.

—No, no, no, sería ideal —replicó cada vez más entusiasmada con la idea—. La forma perfecta para que entienda de una buena vez que cuando digo no, es no.

—Cuando pones esa cara, hay peligro a la vista —suspiró Erika.

—Ya lo creo —la secundó su amiga, entonces ladeó la cabeza y se tocó los labios con un dedo—. Qué pena que no haya boda, ya me había hecho la ilusión de ir de dama de honor. Vaya chasco.

—Chasco será el que se lleve ese monumento cuando está loca lo deje plantado en el altar —comentó Erika—. ¿Estás segura de esto?

Se lamió los labios y asintió, su cerebro ya estaba trabajando a marchas forzadas.

—Necesita un escarmiento...

—Pues ten cuidado —le aconsejó—, no sea que salgas escarmentada tú en el proceso.

Enarcó una ceja.

—Para mí será una liberación, Erika.

—No sé, *cari*, una cosa es seguirle la corriente y otra muy distinta

dejar a un hombre de su estatus y poder en ridículo.

—¿Y no es acaso lo que está haciendo conmigo? —se sintió ofendida por el simple hecho de que lo defendiesen—. ¿Él sí puedes meterse conmigo, asediarme, burlarse y yo no puedo darle a probar su propia medicina?

—Solo digo que, conociéndote cómo te conozco, al final la que va a salir mal parada eres tú —le recordó Erika—. Al contrario que mucha gente, tú tienes conciencia.

—Tranquilicémonos, chicas, no se trata de pelear entre nosotras sino de apoyarnos —intercedió Brenda.

—Es verdad —aceptó Erika—. El pelearnos no nos va a llevar a ningún sitio.

—¿No quieres casarte con él? —le preguntaron de nuevo.

—No.

—Pues será mejor que vayamos buscando vuelo para salir cagando leches del país —suspiró Brenda con gesto teatral.

—No exageres.

—No exagero, estaba pensando en las vacaciones.

Sacudió la cabeza.

—No necesitareé disponer de mis vacaciones, pienso renunciar.

—¿Estás segura de ello?

Asintió.

—Ya tengo escrita mi carta y la presentaré el maldito viernes a primera hora —aceptó—. No puedo quedarme más tiempo en ese lugar.

—Si crees que eso es lo mejor para ti.

Asintió de nuevo, estaba convencida de lo que hacía.

—Lo es —aceptó con un suspiro—. No puedo seguir en el mismo lugar que ese mentecato porque antes o después le clavaré unas tijeras en los huevos.

Y lo haría, sabía sin lugar a dudas que, si seguía sometida a más estrés por causa de ese maldito hombre, acabaría haciendo algo de lo que se arrepentiría toda la vida.

Se acabó el juego, Romeo, ahora me toca a mí.

CAPÍTULO 9

El viernes era siempre un buen día para casarse. Ese, en particular, había amanecido con los cielos despejados y la promesa de un día de sol que no había tardado en confirmarse, el escenario perfecto para una boda o al menos lo sería si la novia hubiese llegado...

Romeo no pudo evitar echar de nuevo un vistazo al reloj, eran casi las ocho de la tarde...

—No va a venir —murmuró su hermano, quién había aceptado por fin ejercer de padrino o, al menos, no dejarle enfrentarse a aquella repentina locura suya —según su magnánima opinión—, solo.

—Vendrá.

Resopló, el sonido haciéndose eco en la pequeña capilla.

—Casi dos horas, Romeo, si fuese a venir ya estaría aquí.

No pensaba dar su brazo a torcer.

—Las novias siempre se retrasan.

—¿Dos horas? —insistió, intentando hacerle entrar en razón.

—Él tiene razón, hijo, ya no vendrá.

La voz ronca del pastor hizo si cabía más irritante el momento. Sabía perfectamente que ella no iba a aceptar de buenas a primeras este matrimonio, casi se había visto a sí mismo en aquella situación, pero no le importaba. Quizá también lo necesitaba, necesitaba que alguien como

Julieth le demostrase que no podía conseguirse todo lo que se deseaba, que el dinero y el poder no lo eran todo. Y demonios, eso hacía que le gustase incluso más esa mujer.

Era una locura, lo sabía, pero creía estar enamorándose de esa terca muchacha de pelo corto y gafas de pasta negras.

—Lo hará —declaró convencido—. Querrá disfrutar de esto tanto como yo.

Su hermano puso los ojos en blanco mientras el pastor fruncía el ceño.

—Hermanito, tienes un enorme problema, pero uno muy, muy grande y no veo cura posible.

Se giró hacia él y se encogió de hombros.

—Te dije que no era como las demás.

—No, no lo es —aceptó y se rascó el mentón—. Es incluso peor.

—Entonces, ¿qué van a hacer? ¿Esperamos un poco más o...?

—O podrías ir y secuestrarla, de ese modo te asegurarías su presencia.

Ladeó la cabeza y asintió meditativo.

—Podría ser la solución.

Fabio hizo una mueca ante su respuesta.

—Estaba bromeando.

—Yo no.

Lo cierto es que la idea no era mala, aunque no sabía que tal quedaría

su imagen si secuestraba a su prometida. Estaba seguro de que Julieth no permanecería precisamente callada en el proceso de extracción.

—¿Bueno, esperamos un poco más entonces o vas a secuestrarla? — preguntó el párroco mirando el reloj—. El partido empieza en treinta minutos y no querría perdérmelo.

—Si en diez no está aquí, podrá ir a verse el juego —le informó tan tranquilo.

—Le daremos once por las dudas —añadió el hombre y volvió hacia el altar dejándoles en la puerta.

—Deberías alegrarte de que no haya venido —insistió su hermano.

—Pues no, no me alegro ni una pizca —No iba a negar que había albergado la esperanza de que sí apareciese. Sabía que no era más que un deseo, pero así había sido.

—Te está haciendo un favor, Romeo.

—No la clase de favor que quiero.

Resopló como si se le estuviesen acabando los argumentos con los que convencerle. Su hermano era así, intentaba ayudar a todo el mundo, pero a él no iba a poder ayudarle.

—No tienes necesidad de casarte con ella si lo que quieres es tirártela —insistió, como si aquello fuese una solución.

—No quiero tirármela.

No. Quería más, mucho más.

Podía no ser una beldad, estar incluso algo rellenita, pero esa vitalidad, su descarro, la forma en que se sonrojaba en ocasiones y ese brillo en los ojos le gustaba, le gustaba lo suficiente como para desear verlo todos los días y saberlo suyo.

—Ahora sí que ya no entiendo nada —continuó su hermano ajeno a sus pensamientos.

—La quiero como esposa —explicó con sencillez.

—¿Por qué?

—Porque ha sido la única que se ha atrevido a replicarme, me ha insultado, se ha reído en mi cara y ahora me ha dado plantón en el altar —enumeró todos y cada uno de los motivos y sonrió al hacerlo—. Me gusta, me gusta de una manera que no entiendo y eso también lo hace interesante.

—Estás enfermo.

Asintió lentamente.

—Empiezo a creer que lo que estoy es enamorado —soltó sin más, haciéndose eco en voz alta de sus propios pensamientos.

—Te falta la camisa de fuerza.

—Nunca he estado enamorado —confesó y vio la verdad en sus palabras—. Es toda una novedad.

—Esto no es amor.

—¿Lo dice el tío que huye cada vez que sale el sol para no enfrentarse

con el rostro de su amante? —le recordó.

—No, me largo porque no me acuerdo de su nombre —le soltó—.

¿Ves la diferencia?

Suspiró y volvió a echar un vistazo a través de la puerta de entrada de la capilla a la desierta calle.

—Al final va a ser verdad y me ha dado plantón.

—Joder, Rome, eso lo sabía hasta el cura que quiere irse a ver el fútbol —resopló señalando hacia el interior de la capilla—. Dos horas, hermano, ninguna novia tarda tanto a menos que no aparezca en su boda.

—Padre, ¿quién juega? —preguntó volviéndose hacia el interior de la iglesia.

—Alemania contra Inglaterra.

—¿Un amistoso?

—¿Dónde has visto tú amistad entre esos dos equipos, hijo?

—Buen punto, padre, buen punto.

—Bien, entonces, ¿qué hacemos? —insistió su hermano.

—Supongo que suspender la boda.

—Menos mal que no has invitado a nadie más. —Miró a su espalda e hizo una mueca—. Creo que podemos decirles al jardinero y al enterrador que ya no hay necesidad de que se queden como testigos.

—Esa mujer nunca deja de sorprenderme.

—¿Te estás riendo, hijo?

—Sí, padre, la verdad es que sí —aseguró divertido—. Lo ha vuelto a hacer, ha vuelto a salirse con la suya y lo encuentro... fascinante.

—Deberías de llevarlo al bar y que se tome un par de copitas —le dijo el pastor a su hermano—. El señor se lo perdonará dadas las circunstancias.

—Gracias, Padre, pero no estoy interesado en bares ahora mismo.

Fabio le puso la mano en el hombro.

—En serio, Romeo, sea lo que sea que tengas en mente, déjalo para mañana o incluso para la semana que viene.

Enarcó una ceja ante el cansancio en la voz de su hermano.

—¿Y que piense que me he rendido?

—Deberías de rendirte, sería lo más sensato.

—En ese caso es una suerte que la sensatez no forme parte de mi repertorio —aseguró y se giró hacia el pastor—. Padre, gracias por su tiempo. Vaya a ver el partido. Tan pronto consiga a la novia, la traeré.

—Claro, hijo, claro, la casa de Dios siempre está abierta.

Dicho eso recogió los bajos de la sotana, sacó una bufanda de fútbol de los primeros asientos, se la puso al cuello y salió pitado hacia la sacristía.

—Eso es pasión por el fútbol.

Se echó a reír, él casi tenía ganas de hacer lo mismo.

—O pasión por una mujer.

Se sacó la chaqueta, se la dejó en los brazos al padrino y salió a paso tranquilo de la iglesia.

—No voy a rendirme, Julieth —murmuró para sí—, me gustan demasiado los desafíos, sobre todo, empiezas a gustarme y mucho tú.

Erika tenía razón cuando dijo que tenía conciencia, la venganza no era algo de lo que disfrutase, ni siquiera cuando era merecida y, sin duda, el hombre que estaba vestido de traje y sentado en la escalinata de la pequeña capilla se la merecía.

Eran más de las nueve, ni siquiera estaba segura de porqué había venido, ni que esperaba encontrarse, pero a él allí sentado, esperándola, no era algo en lo que hubiese meditado.

Abrió la mano y miró el anillo que por fin había podido quitarse, respiró profundamente y cruzó la calle entrando en el rango de la luz de la farola.

—Llegas un poquito tarde y ni siquiera estás vestida para la ocasión.

Sus palabras sonaban casi divertidas, como si le causase gracia el haber sido dejado plantado, pero esa diversión no alcanzaba sus ojos como lo había hecho otras veces.

—Te dije que no iba a casarme contigo.

Optó por tutearle. Después de todo lo que había pasado, se merecía al menos ese pequeño indulto.

Se sentó a su lado, sin tocarle, sorprendiéndose de nuevo por lo

mucho que la perturbaba su presencia y le gustaba su aroma.

—Sí, eso fue lo que dijiste.

Abrió la mano y le tendió el anillo que descansaba en su palma.

—No puedo aceptarlo —cogió la mano masculina, la giró y depositó el aro de oro blanco y brillantes—. No soy la persona indicada para llevarlo. No soy para ti, nunca podría serlo.

—¿Por qué? —preguntó mirando el anillo en su palma—. Es algo que no dejo de preguntarme. ¿Por qué crees que no eres para mí?

Hizo una mueca, recogió las rodillas y las rodeó con los brazos.

—Tú eres mi jefe y yo soy tu empleada —comenzó con lo obvio—. Ni siquiera sabías que existía hasta hace una semana, ¿cómo esperas que me tome en serio nada de esto?

Se miró a sí mismo e hizo una mueca.

—Bueno, creo que es bastante obvio que hablaba en serio.

—¿Pero por qué? —insistió—. ¿Es que no ves lo que yo veo? Esto jamás funcionaría y, desde luego, no de esta manera precipitada y autoimpuesta.

La miró y vio de nuevo ese peculiar brillo en sus ojos.

—Eres una jugadora muy dura, pero no me rindo —negó, cogió su mano y depositó el anillo de nuevo en su lugar—. Para mí no es un juego, creo que nunca lo fue, solo... eres lo que quiero y he ido a por ello sin pensar en nada más.

—Y ese ha sido tu error —miró de nuevo el anillo y sacudió la cabeza—. No lo quiero...

—Y a pesar de ello, vas a aceptarlo —le dijo sin más—. Hablo muy en serio, Julieth. Eres lo que quiero y si hay una manera de obtenerte, una que se amolde a tus reglas, la encontraré. Pienso conquistarte, ¿sabes? Así que ve preparándote.

No pudo evitar sonreír ante la seguridad y masculina satisfacción que escuchó en sus palabras.

—No podrás.

—¿Por qué estás tan segura de ello?

Estiró las piernas y alzó la mirada hacia el cielo el cual empezaba a alumbrarse con las primeras estrellas.

—Tú me ves cómo una meta, como una novedad que no es fácil de conseguir —declaró sin guardarse nada para sí misma—. Para ti sólo soy un juguete nuevo, algo que ha capturado tu atención pero no soy la mujer que quieres, a la que miras y sin la que sabes que no podrías vivir. No soy tu amada, no soy tu amante, no soy la persona que se meterá ahí dentro y te hará sonreír a pesar de que estés triste.

Y eso era lo que ella quería, lo que siempre había deseado de un hombre.

—¿Y si lo fueras?

Negó con la cabeza y lo miró.

—No lo soy, Romeo.

—Pero, ¿y si lo fueras?

No había burla en su voz, ni en sus ojos, hablaba muy en serio y lo hacía como hombre y no como jefe. No sabía cómo veía esa distinción, pero así era.

—Entonces quizá podrías tener una oportunidad, solo quizá.

—Los mayores logros se forjan a base esfuerzo —le dijo él y sonrió—.

Y soy bueno esforzándome, señorita Correos.

Sonrió, no podía evitar encontrar interesante y a la par absurda la necesidad de ese hombre de salirse con la suya.

—¿Vamos a volver a iniciar esta loca contienda?

Negó con la cabeza y le tendió la mano.

—Tregua.

Miró esa mano morena de dedos largos y se la estrechó.

—Tregua.

Sus dedos se cerraron entonces alrededor de su mano y la acercó hacia él.

—Tienes razón, me equivoque, debí decirte desde el principio que eras mucho más que un deseo o una meta a conseguir —le acarició la parte superior de la mano con el pulgar antes de dejarla ir—, pero te lo diré ahora. Soy de los que opina que no hay un Romeo sin su Julieta y tú Señorita Correos, serás la mía.

Le habría gustado protestar, decirle que podía seguir soñando, pero algo la hizo mantener la boca cerrada —todo un logro—, pues ella misma empezaba a pensar que podría dar cabida en su vida a su propio Romeo.

EPÍLOGO

Un año después...

Dicen que el amor llega cuando menos te lo esperas y que a menudo es fruto de la casualidad. Las dos personas que esperaban ante el altar para sellar sus votos podrían estar de acuerdo, pero además añadirían que se necesitaba también de perseverancia, de optimismo y de bajar los brazos y rendirse. Había quién creía en los flechazos, en el amor a primera vista, pero también los había que sabían que este necesitaba también de un periodo de maduración, de conocerse mutuamente y aceptar que cada parte, por sí sola, era necesaria también para formar un todo.

Un año, trescientos sesenta y cinco días de larga espera, quizá por ambas partes, pero al final, ambos habían llegado a la meta deseada.

—¿No es la novia más bonita que has visto en tu vida? —murmuró Brenda aferrada a su pañuelo.

—Está radiante, es como una princesa de cuento de hadas —la secundó una emocionada Erika.

—Y él no está nada mal —añadió su amiga—. Empieza a caerme bien y todo.

Su compañera no pudo estar más de acuerdo con ella.

—Nunca he conocido a nadie más persistente que él.

Asintió y suspiró.

—Un año. Se lo ha puesto difícil.

—Oh, ya lo creo, pero eso es lo que esperaba —aseguró con una risita

—. Ella no es una mujer como las demás, es la ironía personificada.

—Y la tozudez.

—Y la rebeldía.

—Y tiene una boquita que uf...

—Pero siempre ha sabido qué era lo que quería.

—¿Hacerlo sudar? —Se les unió Fabio.

—No, conseguir que él la mirase como lo hace ahora mismo.

El padrino ladeó la cabeza y miró hacia el altar.

—¿Acojonado por si se le escapa?

La idea no se le había pasado por la cabeza.

—Julieth no haría eso otra vez, ¿verdad?

—¿Novia a la fuga? —añadió él—. La vez anterior no asistió a la boda.

—¿Os importaría callaros un momento para que podamos terminar con esto? —Los interrumpió ahora el pastor mirando al trío que formaban las damas de honor y el padrino.

Todos asintieron y le dieron paso al hombre para que terminara de officiar la ceremonia.

—Enamorado —murmuró Erika mirando de nuevo a la pareja—.
Profundamente enamorado.

Los novios recitaron sus votos, intercambiaron los anillos y antes de darse el beso, les escucharon murmurar.

—¿Lo he conseguido, Julieth?

—Sí, Romeo, ahora sí.

Se besaron sabiendo que ese sólo sería el comienzo de sus vidas, una en la que puede que no estuviesen acuerdo, pero sí enamorados.

FIN